

XIII

VENCEDORES Y VENCIDOS

Nos sorprende comprobar que una población hispanovisigoda de diez millones de habitantes se deje dominar por unos invasores que apenas llegaran a los cuarenta mil hombres. Con Tariq vinieron doce mil norteafricanos, con Musa dieciocho mil árabes, con el Thagafi cuatrocientos norteafricanos y con Baly siete mil sirios. Después, en el transcurso de los ocho siglos de dominación musulmana, son bastantes los árabes y beréberes que vienen a la deshilada con intención de quedarse y bastantes los que se vuelven a su tierra. De los doce mil beréberes que vinieron con Tariq, reclutados en el Magrib mauritano, siete mil eran gumara y los demás procedían de las confederaciones berberiscas de los matgara, madyuna, miknasa y hawwara, aborígenes de los macizos montañosos que bordean la mar de Alborán. Eran pastores y leñadores, fueron relegados a las tierras más pobres. Su fe religiosa se reducía, sobre un fondo bastante borroso de paganismo, cristianismo y judaísmo, al conocimiento de la fórmula «no hay más que un solo Dios y Mahoma es su profeta». Se fueron a su tierra cuando el hambre del 751 asoló España. Volvieron en distintas ocasiones.

Los árabes eran en su mayor parte yemeníes, a los que se mezclaban algunos qaysíes. Los dos grupos vinieron con sus clientelas. «Todos desdénaban la agricultura, en lo que coincidían con los beréberes, y amaban con tal fiereza su libertad de acción que difícilmente obedecían a sus mismos jefes. Yemeníes y qaysíes eran entre sí irreductibles enemigos multi-seculares, trajeron sus odios y aquí los desbravaron en encarnizadas luchas. De los mismos grupos eran los árabes que vinieron con el Thagafi y con Samah. Como señores de la conquista se adueñaron de las mejores

tierras. Los sirios de Baly procedían de los distritos militares del Oriente próximo y de Egipto.

Constituían el botín los prisioneros hechos en los pueblos que ofrecieron resistencia y las tierras y bienes muebles de los anteriores y las tierras de los que huyeron al Norte. Se apartó el quinto para el califa y se repartió el resto entre los que habían participado en la conquista. El reparto no fue fácil. Hasta las tierras del quinto llegó la codicia de los árabes. Dicen Ibn Hazmy y el Dawudi que «el reparto consistió en apropiarse cada cual de lo que tomaba». Se respetó la administración visigoda, calco de la romana.

Cronistas e historiadores, consultados cronistas e historiadores árabes, indican el asiento de algunas tribus. La fuente Alcántara da la distribución siguiente: los árabes de Palmira se establecieron en tierras de las actuales provincias de Murcia y Almería oriental; los árabes de Damasco ocuparon las tierras de Elvira (Granada) y la Alpujarra. Qataníes y yemeníes se asentaron en tierras de Guadix y Baza. Todos mantuvieron en sus demarcaciones una total independencia.

Simonet pone yemeníes en Orce, Guadix, Huéneja y Fíñana y confirma el asentamiento de los qaysíes en Elvira y la Alpujarra. Leví-Provençal dice que del grupo de los qataníes-yemeníes los himyaríes, que se decían oriundos de Hadramawt en el Sur de Arabia, ocuparon Córdoba, Sevilla, Elvira y Murcia.

En el año 740 llegaron los sirios de Baly, después de algunas vicisitudes fueron distribuidos en varios distritos; los del chand de Damasco vinieron a la cora de Elvira. En el año 879 beréberes y muladíes constituían casi exclusivamente la población de la zona montañosa del Sur de España. Al comenzar el reino nazarita en el último tercio del siglo XIII se concentraron en la Alpujarra.

Las genealogías son muy estimadas por los árabes, que las llaman Libros de Ansab. Según los genealogistas más famosos, cuando los omeyas se apoderaron de la España musulmana, instalaron en Urci-Bayyana (Pechina) a los Banu Sira, de los que descienden los Abencerrajes, que se hicieron famosos en Granada durante los últimos años del reino nazarita. Eran yemeníes los árabes de Alcolea, Marchena, Alboloduy y Mondújar.

Los Banu Asad se establecieron en los Bérchules y otras zonas de la Alpujarra. En el siglo XIV aún existían en Granada descendientes de los Asadíes. Los Banu Udra se establecieron en la taha de Dalfas. A esta familia perteneció el Udri, famoso historiador almerjense del siglo XI. Hubo Udriés en Granada hasta que los Reyes Católicos se apoderaron de esta ciudad.

En Berja afincaron los Banu Hassin, que dieron nombre al lugar de Benejí. Sobre las ruinas de la Vergi iberorromana construyeron una poderosa alcazaba y a su costado Benejí, cabeza de una taha, que comprendía veinte pueblos y aldeas, que un escritor hispanomusulmán llama Boscherat Puchera Beni Giassan o Busarra Beni Chansan, que Ibn al-Hatit, político y escritor granadino del siglo XIV da como Alpujarra de Berja de los Banu Hassin y dice que comprendía las poblaciones de Barcha (Berja), Alcolaya (Alcolea), Dalaya (Dalías), Aladzra (Adra) y Xobees o los Ceheles (Albuñol). Lo que, con ligeras modificaciones, es la Baja Alpujarra almeriense. Tierra, según aquel escritor granadino, fértil, rica en minas, abundante en soda y densamente poblada.

Los Banu Hassin Hassaníes habitaron en las costas de Granada, Málaga y Algeciras, continuación de la Baja Alpujarra almeriense, y en Aragón, donde enlazaron con los Tuchiíbies, estirpe de la que proceden los reyes somadhiitas que reinaron en Almería durante el siglo XI. Cuando cayó el califato de Córdoba al principio del siglo XI, los beréberes persiguieron a los hassaníes. En el año 1035 el pueblo de Málaga proclamó rey a Idris Ali, que fue el último rey de los hassaníes. Cuando murió en el 1053, los beréberes, que dominaban parte de Andalucía, deserraron a los hassaníes al Norte de Africa.

Los árabes llamaban Magrib a las tierras ribereñas de la mar de Alborán, en las que estaban el Andalus o España musulmana, Marruecos y Argelia e Ifriqiya a Túnez y Lybia. Los geógrafos árabes e hispanomusulmanes dividían el mundo conocido en climas, cada clima comprendía varias coras, palabra persa que designaba un grupo de alquerías con una ciudad o alcazaba, que le daba nombre, por cabecera. La taha era un grupo de barrios y aldeas, división administrativa y denominación peculiar de la Alpujarra.

El «Kitab al Muyib» dice que las provincias de Sevilla, Málaga, Córdoba, Granada, Almería y Murcia estaban en el cuarto clima, que es «el más templado de aire y mejor de tierra y más dulce de aguas que el país que está en el clima quinto; su gente es de más hermoso color y de más bella figura y de lengua más elocuente que aquellos otros, porque la orientación y la latitud tienen una influencia manifiesta en las lenguas, para el que considera esto y entiende sus causas».

La división en coras «parece responder —dice Leví-Provençal— a la que había en España a la llegada de los árabes. Por lo general, cada cora correspondía a una diócesis cristiana de la época visigoda y el nombre de su capital figura en una nomenclatura eclesiástica conocida por el nombre de reparto de Constantino». El geógrafo oriental Yacub dice que las poblaciones más importantes de la cora de Elvira (Granada) erau Priego,

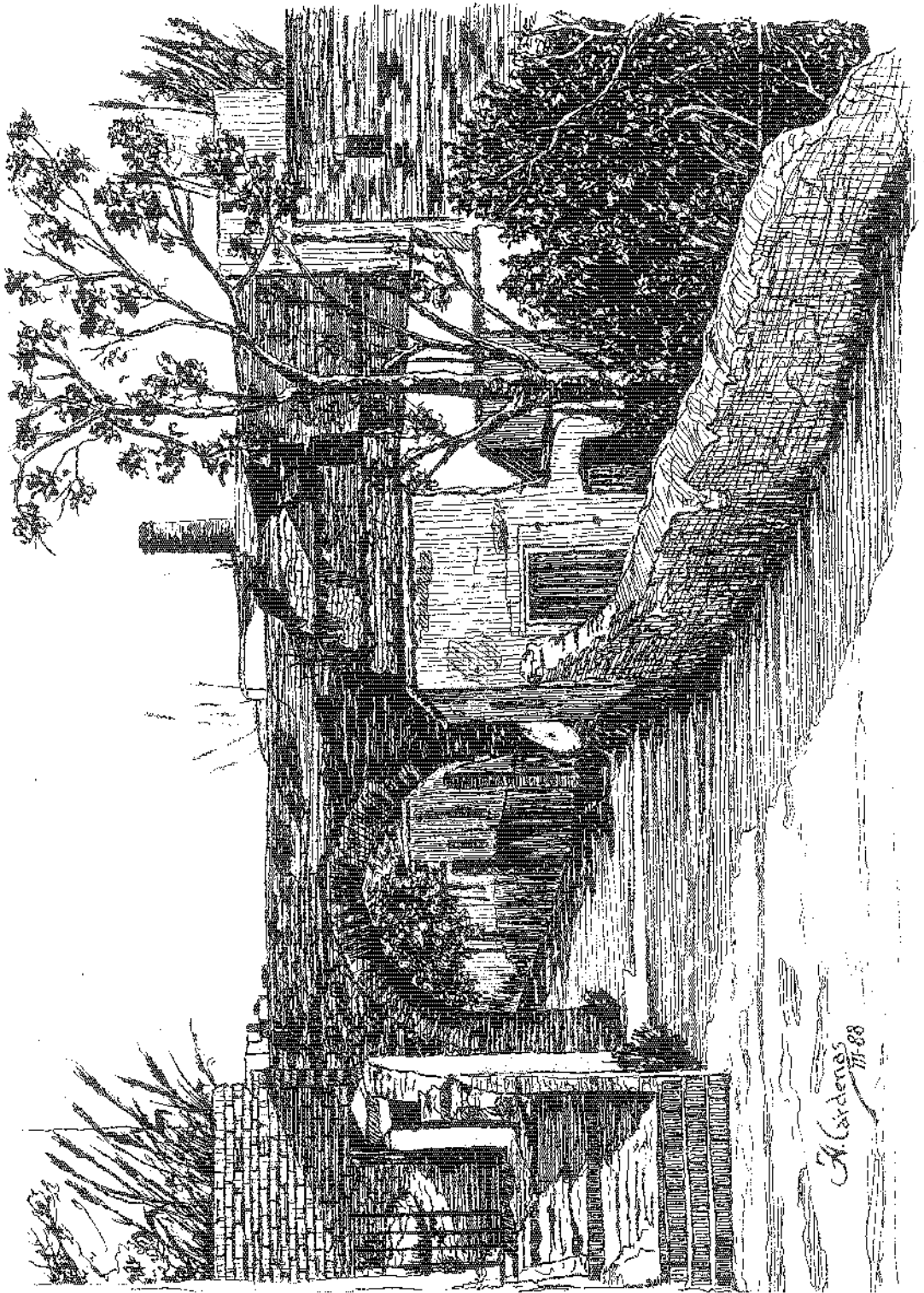
los castillos de Jubiles y Andarax (Laujar), Berja y «Daleya en la costa y cerca de Almería» y Almería. Esto ocurrió con Abd al-Rahman III algunos años, cuando las coras de Pechina y Elvira estuvieron bajo el mismo gobernador sito en Elvira, poco después sucedía al revés. Abulfeda dice que entre las dependencias de Almería se contaban «la villa de Berja y la villa de Andarax (Laujar)». Esto en el reinado de Almotacín. Esta confusión y vaguedad proviene de que los citados escritores no precisan la fecha y la época. Escritores hispanomusulmanes y modernos inspirados en los primeros dicen que la cora de Pechina-Almería extendía su territorio hasta Jubiles y Paterna; Abla y Fiñana pertenecían al subdistrito de Berja.

De los vencidos los pocos que resistieron a los invasores fueron reducidos por las armas, perdieron sus bienes y quedaron como esclavos; pero algunos consiguieron huir al Norte y embreñarse en la montañas cántabras y pirenaicas. La inmensa mayoría se sometió y conservó hacienda y libertad a cambio de pagar un impuesto, la yizya, parecido al que pagaba a los romanos. Este fue en los primeros momentos el estatuto político y social para los vencidos. De momento se mantuvieron fieles a su fe cristiana; pero, sea porque, como dice el marqués de Lozoya, aún no se habían fundido bien los elementos hispanos con los romanos y los germánicos, que integraban el grupo de los vencidos, sea porque la formación religiosa católica, de estos elementos era débil, sea, en fin, porque ambas circunstancias aunadas privaron a los hispanocristianos de la fortaleza necesaria para resistir la tentación, lo cierto es que muchos españoles, seducidos por las ventajas económicas y sociales que suponía el paso a la nueva fe islámica, comenzaron pronto a abandonar su fe cristiana y a islamizar. Este paso debió ser más fácil para la inmensa masa campesina, que vivía alejada de los focos culturales cristianos, radicados principalmente en las ciudades, y por eso era más propensa a abandonar una fe severa y abrazar una religión que solamente exigía el acto de fe en la existencia de un solo Dios, verdad que ya profesaban, y le dejaba en libertad de practicar sus ancestrales supersticiones paganas, lo que no le permitía el cristianismo.

Estos nuevos islamitas constituyeron un grupo, que bien pronto se hizo mayoritario. Recibieron el nombre de muladíes, voz derivada del árabe musalima o muwalladum, nuevos musulmanes. Con la misma facilidad con que cambiaron de fe, islamizaron sus costumbres, imitando de los vencedores hasta los nombres y fingiendo genealogías a su estilo. «Este es un fenómeno —dice Vicens Vives— del que no puede dudarse y sobre el cual va a girar la futura problemática hispánica, empezando por la repoblación de la reconquista y las sucesivas inasimilaciones de los moriscos».

Les fue más fácil sostenerse en su fe a las comunidades cristianas radicadas en las ciudades al amparo de sus obispos o aisladas en torno a los monasterios hispanovisigodos, numerosos incluso en tierras almerienses. Se les llamó mozárabes, que significaba «cristianos que viven entre árabes». Constituyeron minorías importantes en los primeros siglos, pero con el paso del tiempo y las vicisitudes que les tocaron vivir, se fueron erosionando hasta desaparecer, no sin dejar altos ejemplos de fortaleza cristiana.

La minoría judía, que constituía comunidades más uniformes y cohesionadas y, por esto, de más profunda formación religiosa, resistió mejor la embestida del Islán. Bien es verdad que al ser activos colaboradores de los nuevos amos desde el primer momento, ni económica ni social ni políticamente se vieron tentados a islamizar. Apenas se notó el número de los que islamizaron, aunque su aportación espiritual al acervo religioso hispanomusulmán no dejó de ser importante.



A. GARDNER
1888

Agra. Molino del Lugar